

# Cuarenta días de mayo

Jon Kortazar

Escribí mi última carta desde Bilbao en Marzo del año pasado, cuando esa historia de Eta, tan aburrida y tan pesada, parecía llegar a su fin, llegar su última historia negra. Ahora vuelvo a escribir una carta desde Bilbao. Bueno, lo cierto es que la escribí algunos días antes de que la pesadilla se instalara en mis sueños.

Había escrito de las nuevas nuevas. De los cielos abiertos, de un mayo que había sido, a pesar de abril, cruel, con sus tormentas y con su tiempo revuelto, y de que las madres de mis compañeros recordaban aquello del cuarenta de mayo. Y era cierto, en Bilbao, mayo duraba cuarenta días. Diez días de exposiciones, diez de libros y diez de (sí, lo oirán bien) de jardines. Y diez de futuro. La síntesis de las cosas buenas: libros, arte, naturaleza y futuro. Un cuadrado perfecto. Y el cuarenta de mayo, se cerraba el círculo.

## Diez días de arte

Siempre pude decir que la burguesía bilbaína supo desde el principio que el arte se enseñaba al público; que prefería la mirada sobre lo que distinguía a los señores, a los que tenían, sobre el ojo que diseña algo privado, íntimo y desasosegante al mismo tiempo, un ojo que mira la subversión y que juega y prefiere la quimera.

Fuimos de los que supimos que las nuevas catedrales no son los estadios. ¿Para qué?, ya teníamos un estadio que se llamaba precisamente así. La Catedral... No, los nuevos iconos de la postmo-

dernidad, eran los museos. Y lo supimos también hace diez años cuando se abrió el Guggenheim Bilbao.

Andreas Huyssen que en su libro *En busca del futuro perdido* habla de la nueva función de los museos en las sociedades contemporáneas, habla de «la museización de enteras regiones industriales, la restauración de los centros urbanos, y el sueño de proveer a todo individuo de su propio museo personal mediante la colección, conservación y videocámaras».

El del museo representa el sueño de la conservación de una memoria, pero también del uso de toda una ciudad como museo propio. Por eso en Bilbao el museo se expande. El Guggenheim expone su colección privada de artistas vascos. Primero fue mi admirado Jesus Mari Lazkano hablando desde Bilbao de Nueva York, desde nuestros ojos de los ojos verticales de la ciudad de los rascacielos. Y ahora en el Gran Museo (que no llega, por desgracia a Gran Manzana) puede verse la obra de Koldobika Jauregi un escultor preocupado por la guerra de Irak, autor de una escultura que mezcla en su diversidad, la materia barroca y la especial contemplación de un mundo de la crueldad. Pero es Anselm Kiefer la figura de este tiempo de cuarenta días. El mismo Huyssen al que nos referíamos unas líneas –unos recuerdos– más arriba habla de Kiefer como un creador de «imaginería teutónica, monumentalismo wagneriano y nebulosa inclinación hacia el mito y la catástrofe». Resumiendo algunas opiniones críticas con el autor reseña que el éxito del artista se debe más bien a una recepción norteamericana, a la que la crítica alemana reprocha una frágil aceptación de la «fascinación superficial y una *mise en scène* pomposa». Que Kiefer provenga de la recepción americana casa bien con el hecho de que se exponga en el Guggenheim. Que además la crítica alemana suponga que representa a «un irracionalista y a un reaccionario» tiene, que ver, me temo, no con lo que se expone en el Museo, sino a lo que se amenaza a la sociedad.

Mientras tanto, la venerable, y si yo fuera Luis Alberto de Cuenca diría benemérita, institución del Museo de Bellas Artes, con la ayuda de la Fundación BBK, presenta una impresionante colección con el título de «El retrato en el Museo del Pardo». Sería una broma comparar la tradición con la vanguardia, el pasado del Pardo con la nueva pintura presente en el Guggenheim.

Los juegos de espejos que se ven en esta exposición tienen mucho que ver con un asunción del retrato como una explosión de lo privado puesto en la mirada pública. Y Velázquez, El Greco y Goya crean un espacio de la intimidad, del ojo que sabe que retratar es ofrecer una psicología a la contemplación pública.

Lo privado y lo público se muestra en Bilbao, sin embargo, en la contraposición entre el arte en el museo, ya sea el viejo, ya sea el nuevo, y el arte en la calle, en la mirada pública. La exposición de Robert Indiana planta en la calle sus grandes esculturas que proclaman «LOVE» para todo el mundo. ¡Lástima que no le escuchen todos los paseantes!

### Diez días de libros

La literatura es un arte privado. Lectura en soledad y silencio, en el siseo de la palabra dicha en voz baja y en creación solitaria. Se dijo, siempre con razón, que el tiempo de la literatura correspondía a un tiempo del sosiego, de lo privado, que poco tiene que ver con el tiempo apresurado de la sociedad contemporánea. Un tiempo de la estancia, del estar, y de la estancia y habitación privada, frente a la movilidad de las masas.

Pero el tiempo de los libros en Bilbao es el tiempo de creación de la exposición frente a la lectura callada o comentada entre un coro de amigos. Más un tiempo de lo extraliterario que de lo literario en sí mismo. Si los grandes Museos de Bilbao son los promotores de una idea de arte que tiende a la exposición monumental, el mundo del libro en Bilbao quiere también ser grande, mirar a la industria.

Posee como el arte dos tendencias que miran a lo público y a lo privado, a la exposición de la mirada pública y a la reconciliación del ser de uno mismo. Lo privado, en esta sección del libro, tiene como marco en estos cuarenta días de mayo la celebración de la I Noche de la Edición de Euskadi que se celebró en el Hotel Carlton. Lo público se reúne en torno a las carpas del Arenal que animan al contacto con el público en la Feria del Libro, en busca del siempre impreciso lector.

Privado –cena en el Hotel– y público –Feria del libro con el consabido 10 % de descuento– se dan la mano en los diez días del libro, pero uno debe confesar que le parece que lo extraliterario, lo industrial come terreno a lo literario en este evento. La I Noche de la Edición, ¿cómo podría ser de otro modo? y además está bien que sea así, fue organizada por la Cámara del Libro de Euskadi y el Gremio de Editores de Euskadi, que aparecen como organizadores de la Feria del libro, junto a la Asociación de Libreros.

La Feria del Libro quiere parecerse a otras Ferias del Libro: Premios a autores, internacionales, vascos y «estatales»; firmas de libros y presentaciones, encuentros –aunque breves e interruptus– de autores con sus lectores. No seré yo quien reniegue de este juego de realidad, pero basta dar un repaso al folleto que presenta la feria para darse cuenta que el sistema literario (algunos dicen que es tan precario que más vale hablar de institución literaria) cabe en estos diez días en pocas líneas. Si uno lo repasa, resulta que nuestra autora universal es Toti Martínez de Lezea, digna creadora de novela histórica (cuatro fotos y cinco libros en quince páginas del folleto), que Kirmen Uribe y Bernardo Atxaga mantienen una presencia clara, que nuestro género de interés (¡que casualidad!) es la novela policíaca a la que se dedican dos encuentros, que Jon Arretxe, que escribe crónicas de viajes, se sitúa entre los más nombrados, junto a Edorta Jiménez; que lo más importante es la traducción del euskara al castellano (Jiménez y Arretxe) y que el libro en euskara, a partir de la lectura del folleto, pasa por un momento especial, porque solo se citan cinco libros ( y sólo uno es novedad). A los escépticos se les puede señalar que es la lectura de un folleto y que los folletos muestran una mirada traviesa de la realidad.

### Diez días de jardines

Para sorpresa del paseante en estos cuarenta días de mayo se celebra en Bilbao el Concurso «Bilbao Jardín 2007». Y a uno se le sube la nostalgia por la garganta y, si hay que ser sincero, por otra parte de su anatomía.

Resulta curiosa esta llegada del Jardín a la ciudad, esta presencia de la naturaleza en la urbe, cuando Aitor Bikandi-Mejías publica un libro con la esperanza de recrear la ciudad. Su texto, *Bilb@o. Diálogo espacial*, quiere reflexionar sobre la ciudad y el concepto de urbe. Por eso resulta curiosa esta entrada de la naturaleza en la ciudad. A uno le tranquiliza la mirada irónica de estos jardines, la de la construcción de Mariscal llenando de escombros un espacio junto al Guggenheim, de Ouka Lule ha creado un espacio desde la esencia del mar, con lo que la mirada irónica crea una distancia sobre la presencia del campo en la ciudad. Pero no se escapen, porque cinco cocineros vascos han creado un jardín junto al Teatro Arriaga lleno de fruta, eso sí, y el ganador lleva por título «Jardín del Txakolí». Lo privado y lo público otra vez en Bilbao creando espacios de imaginación.

### Diez días de futuro

El futuro que viene anuncia Alberto Durero en el Guggenheim y una exposición sobre «45 años de arte y feminismo» en el Museo de Bellas Artes, con lo que en esta delicia de Bilbao la vanguardia se expone en el Museo de siempre y el arte clásico en el Museo que va a ser de siempre. No es mala vuelta de tuerca.

Pero nuestro futuro pasará por entender, como quiere Huyse-en que la experiencia humana sabe que el espacio y el tiempo dependen del cambio histórico y que nuestra lucha por el futuro en estos días negros, en estos cuarenta días de mayo, se concreta en la siguiente frase: «La lucha por el futuro no puede actuar desde la nada, necesita de la memoria y el recuerdo como excitantes vitales».

Este Bilbao de lo privado y de lo público, de la cultura industrial y de la creación privada, de la vida y del futuro sabe que aún memoria y olvido, por eso tiene mayo diez días de futuro.

Y no lo pudo decir mejor la novelista Inma López-Silva, cuando se dirigió a mí y me fulminó: «Eta rompe la tregua y tu otra vez en Compostela». Sí, en Compostela terminando mis cuarenta días de mayo. Yo, como Bilbao, vivo días de futuro ©

